

La marea de la urbanización - Alain Atouba

La marea de la urbanización ha engullido nuestros bosques
y nos hemos convertido en hijos del hormigón.

El efecto invernadero ha sembrado
la arqueología del caos en la atmósfera
y aquí estamos, como en tiempos del Apocalipsis.

Las venas telúricas de la belleza secreta de la Tierra
se han secado y vaciado en el aliento agónico
de los días pasados.

La utopía de los pájaros que reía
en la morada del álamo se ha desvanecido.

Como una sombra fugaz, se ha convertido
en un espejo de desamparo por un sueño perdido.

La voz de los grandes lagos lamenta
la época en que las dunas cantaban.

La endecha de los manglares
suplica al cielo la lluvia que ya no cae.

La marea de la urbanización ha engullido nuestros bosques y,
desde entonces, nuestros días, que antes eran encantados,
están marcados por la amargura de los jacintos marchitos.

De nuestros bosques solo quedan
fragmentos de un crepúsculo herido.

El inmigrante - Alain Atouba

El inmigrante abandonó las colinas de su tierra natal.

Cuando se fue, al filo del amanecer,
el rocío depositaba sus perlas en las hojas
de los árboles que la brisa acariciaba
mientras los niños recitaban versículos sagrados.

Semanas después, las olas del Mediterráneo
vomitaron el cadáver del hijo pródigo.

El impío mar se había llevado las manos
que fecundaban los campos del pueblo.

La copa de las grandes esperanzas
se había estrellado en el umbral del exilio.

Desde entonces, solo recorre el pueblo
el río púrpura del duelo.

Ya no se oyen los tambores por la noche,
sino el llanto de la madre del inmigrante.

El alba nos llega desde de las tinieblas - Alain Atouba

África, madre patria, África, tierra querida,
eres un árbol que crece torcido
por la bárbara injusticia de tus dirigentes.
La espiral incesante de la angustia
se refleja en los rostros y en las miradas:
en los jóvenes, la sombra de las pesadillas;
en las mujeres, el silencio;
en los hombres, el eco nocturno de la muerte.
La esperanza es una luna menguante
que marchita los corazones de tus hijos.
Frente a estos jardines del crepúsculo,
la poesía debe alzar un ramo de palabras
para agrietar las sombras.
No es tiempo de callar:
el alba nos llega desde de las tinieblas.

La semilla eterna de las antepasadas africanas - Alain Atouba

En el viento que sopla sobre las colinas, resuenan, cristalinas,
las voces graves y dulces de nuestras abuelas.

Llevan el espíritu de antiguos sabios y reinas legendarias.

Nuestras abuelas no se han ido.

Habitan en la savia donde se arraiga la esencia de África.

Son esa raíz fuerte que el tiempo,
que huye constantemente, no puede arrancar ni borrar.

Bajo el sol ardiente que reina en el cenit,
sus sombras tutelares nos protegen; solo los iniciados lo saben,
aquellos que llevan en sí mismos la dignidad primigenia,
el ritmo de los tambores y la luz altiva.

Nuestras abuelas son la corteza del majestuoso baobab.

Sus enseñanzas están grabadas en nuestra memoria.

Son la corriente impetuosa del río que nunca se desvía,
el pilar inquebrantable sobre el que se sustenta la vida.

Desde las primeras luces del día,
imploramos a estas entidades protectoras.

Que su savia vivificante purifique
y revitalice nuestras tierras.

Somos los guardianes de su noble legado.

¡Que su fuerza nos guíe en nuestro proyecto
de construir un África próspera!